

INTRODUCCIÓN AL ESTUDIO DE LA BIBLIA

IGNACIO CARBAJOSA
JOAQUÍN GONZÁLEZ ECHEGARAY
FRANCISCO VARO

LA BIBLIA EN SU ENTORNO



verbo divino

IGNACIO CARBAJOSA
JOAQUÍN GONZÁLEZ ECHEGARAY
FRANCISCO VARO

LA BIBLIA
EN SU ENTORNO

evd

PRESENTACIÓN

Uno de los proyectos más importantes de la Asociación Bíblica Española fue la elaboración de una colección de manuales de nivel universitario que sirviesen para los estudios bíblicos de los centros teológicos, aunque no solo para ellos. Se quería que tuvieran identidad propia en la que se reflejara la apertura a las últimas adquisiciones de la ciencia bíblica en los diversos campos, conjugando los aspectos literarios, históricos y teológicos. Esta era una necesidad muy sentida en los centros de enseñanza tras la renovación conciliar del Vaticano II, que hacía necesario contar con unos instrumentos pedagógicos acordes a la apertura que supuso el concilio, sobre todo en su constitución *Dei Verbum*, y a directrices posteriores.

El proceso de elaboración de los manuales de introducción al estudio de la Biblia se ha prolongado durante años hasta que, en 2003, se publicó el último de ellos. Es deseo de la Asociación Bíblica Española que esta colección de manuales se mantenga viva, y esa tarea requiere que sus volúmenes sean revisados, actualizados o, según los casos, sustituidos por nuevas redacciones.

En esta ocasión, la Asociación Bíblica Española presenta una nueva versión del primer tomo, *La Biblia en su entorno*, en la que el autor de la primera parte, dedicada a la arqueología y la geografía (Joaquín González Echegaray) lo fue también en la versión anterior; mientras que las otras dos partes han sido escritas por nuevos autores (Francisco Varo se hace cargo de la Historia, e Ignacio Carbajosa escribe la parte dedicada al texto y a la crítica textual); una de las secciones de la versión anterior (Biblia y Literatura) ha sido eliminada por considerar que se trata en volúmenes posteriores.

Hay que agradecer la labor de coordinación del volumen que ha realizado el profesor Ignacio Carbajosa.

Es necesario hacer una mención especial y agradecida a la persona de Joaquín González Echegaray que murió dejando en imprenta su colaboración en este libro. Él, que, como se ha dicho, fue autor de esta sección en la primera edición del volumen, aceptó revisarla y ampliarla para esta renovación. Su

enorme conocimiento de la tierra, el trabajo arqueológico en la misma y la capacidad para el relato hacen que su trabajo y aportación sea un tesoro que los lectores y estudiantes sin duda agradecerán. Esta publicación desea aportar un pequeño homenaje de gratitud y reconocimiento a su memoria, a su trabajo y a su persona.

CARMEN BERNABÉ
DIRECTORA DE PUBLICACIONES DE LA ABE

PARTE PRIMERA

GEOGRAFÍA Y ARQUEOLOGÍA
BÍBLICAS

POR

JOAQUÍN GONZÁLEZ ECHEGARAY

Para comprender con la mayor amplitud y profundidad posibles el mensaje de la Sagrada Escritura hay que conocer el «entorno» en que los libros sagrados fueron escritos y transmitidos: las circunstancias históricas y culturales del pueblo que fue inmediato protagonista de la literatura bíblica, la mentalidad, la tierra en que habitaba, la lengua que hablaba, el tipo de escritura empleado y la transmisión de dichos documentos a lo largo de la historia.

Se impone comenzar por el principio, presentando la realidad física del país de la Biblia, que, como se sabe, coincide fundamentalmente con lo que se suele llamar Tierra Santa. Solo en un segundo término habrá que remontarse en el tiempo y tratar de reconstruir en lo posible los nombres, los límites de las comarcas, los centros de población de la tierra de la Biblia en los tiempos antiguos, precisamente en la época en que los distintos libros fueron escritos, con el fin de verificar y comprender las referencias geográficas que en ellos se contienen.

Pero la «tierra» no es solo relieve topográfico y nombres de lugares, acaso con lejanos ecos de tiempos pretéritos. La tierra guarda en sus entrañas los restos físicos, las reliquias arqueológicas de la presencia de los hombres que en ella habitaron: las ruinas de las ciudades con sus murallas y sus casas, las tumbas, los restos del ajuar doméstico. Todo este fascinante mundo de la arqueología resulta imprescindible para reconstruir el pasado y así entender la mentalidad de los autores sagrados y darse cuenta de lo que quisieron decir en cada caso.

CAPÍTULO I

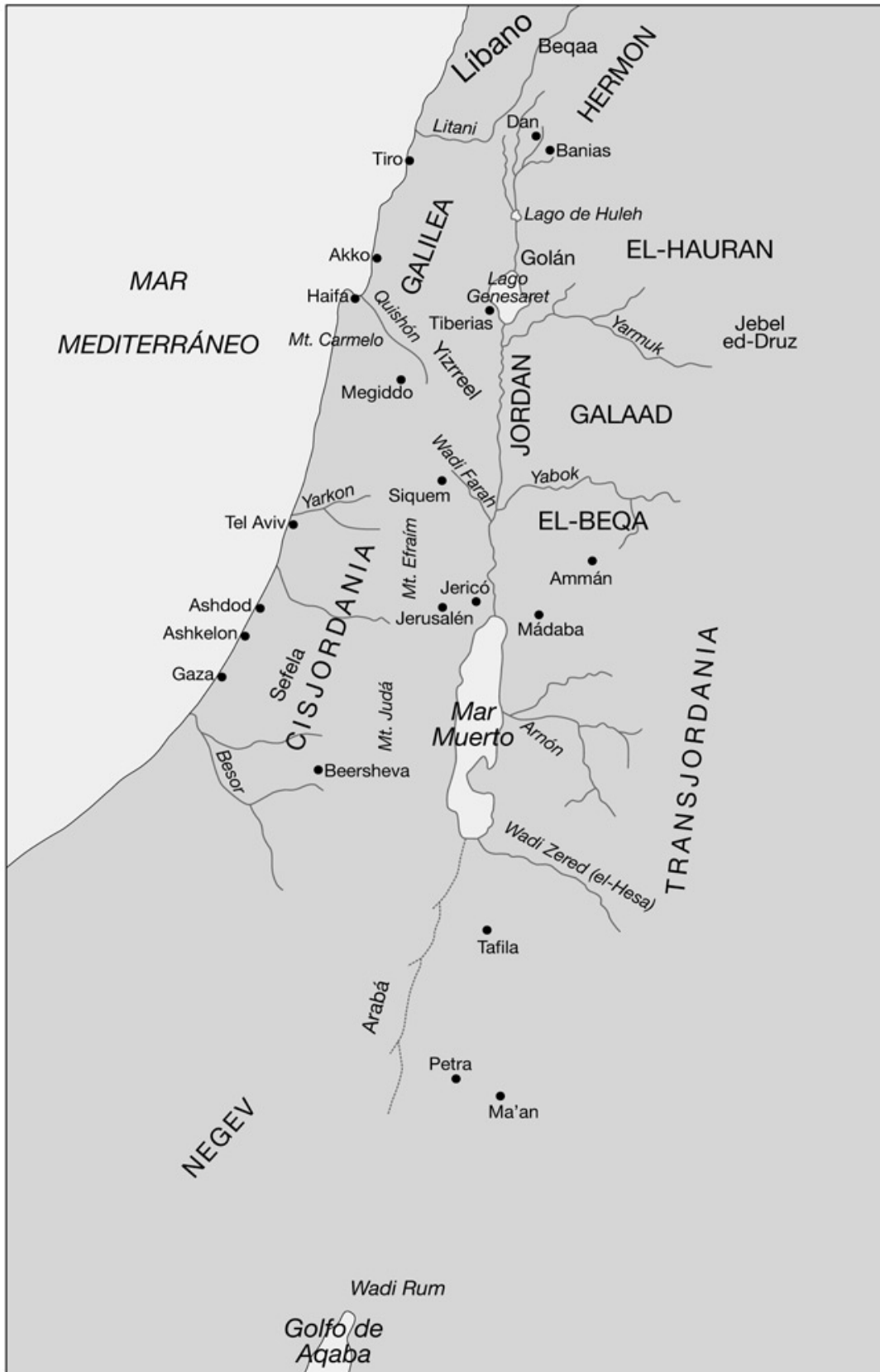
GEOGRAFÍA BÍBLICA

I. GEOGRAFÍA FÍSICA

La región natural comúnmente conocida por el nombre de Tierra Santa se encuentra en la zona sur de la fachada más oriental del Mediterráneo, repartida en la actualidad entre los modernos estados de Israel, Jordania y la nación de Palestina, que abarca también una pequeña parte de Líbano y Siria.

Su caracterización geográfica peculiar viene determinada principalmente por la presencia de una cuenca hidrográfica cerrada (el sistema Jordán-mar Muerto), sensiblemente paralela a la costa mediterránea y encajonada dentro de una profunda fosa tectónica. Esta no es más que un tramo del llamado Gran Rift, sistema de fallas continuadas, con el consiguiente hundimiento parcial de la corteza terrestre, que, procedente del sur de Turquía, continúa por el oeste de Siria y da origen a la cuenca del Orontes (arab. Nahr el-Azi), entre las sierras del Djebel Ansariya y del Djebel Zawiya, para proseguir en el Líbano a través del valle de la Becá entre las altas cordilleras de Líbano por el oeste y el Antilíbano por el este. Tal valle sirve de cuenca al río Orontes, que corre hacia el norte, y al Litani, que lo hace hacia el sur. Pero ambas corrientes fluviales acaban desviándose bruscamente hacia poniente, para verter sus aguas en el Mediterráneo.

Solo a partir de aquí, el sistema del Jordán constituye una cuenca cerrada. Más al sur, la fosa continúa, dando origen al golfo de Áqaba y al mar Rojo, y se interna por fin en el continente africano, que atraviesa de norte a sur por su zona centro-oriental, casi paralela a la costa del océano Índico. Se halla en relación estrecha con la existencia de los más característicos accidentes geográficos del enorme continente, entre ellos la existencia de los grandes lagos en los confines de Kenia, Tanzania, Uganda y Malaui.



■ GEOGRAFÍA DE PALESTINA.

1. La cuenca del Jordán¹

El río Jordán nace en las laderas del Antilíbano, al pie del monte Hermón (Djebel el-Sheih, 2.759 m). Tiene tres fuentes principales: Hasbani, arroyo que baja en cascadas y torrenteras desde la Becá, y Leddan y Bániyas, que descienden de la falda del Hermón en medio de un bello paisaje de montaña cubierto de bosques. Al unirse los tres arroyos en una espléndida llanura formaban el lago Hule, poco profundo y de una extensión de unos 4 km de eje mayor, que hoy en día está artificialmente desecado. El río continúa hacia el sur, y se encajona en una estrecha garganta basáltica, por donde desciende precipitándose hasta desembocar en el lago de Genesaret. En un recorrido de unos 16 km desciende de nivel más de 200 metros, ya que la superficie del lago de Genesaret está a 211 m (medición de 1986) por debajo del nivel del Mediterráneo. Tal lago, conocido asimismo por los nombres de Tiberíades y mar de Galilea, tiene una extensión aproximada de 166 km². En su ribera occidental hay una llanada fértil. El lago, cuya profundidad alcanza algo más de 40 m, es de agua dulce y abundante en peces.

El Jordán reanuda su curso partiendo de la ribera sur del lago y entre numerosos meandros va deslizándose por la impresionante fosa del Jordán, también conocida por el nombre de Ghor, a lo largo de una distancia en línea recta de unos 100 kilómetros, hasta desembocar en el mar Muerto. La superficie del mar Muerto este se halla ya a 403 m (medición de 1984) por debajo del nivel del Mediterráneo, y es el lugar más profundo de la superficie de nuestro planeta. La anchura del valle es desigual, desde unos 3 km en la zona más estrecha, hasta unos 20 en la más ancha, ya al final de su recorrido. El mar Muerto tiene una longitud de unos 85 km, por una anchura máxima de unos 15. Su agua es muy salobre, carece de fauna piscícola y su fondo llega hasta una profundidad de 400 m (800 m bajo el nivel del Mediterráneo, aproximadamente), si bien en la zona sur, a partir de la península de El-Lisán, situada en la ribera occidental, la profundidad decrece considerablemente. Esta zona, hoy se encuentra en buena parte desecada y convertida en un campo de salinas.

Al sur del mar Muerto hay una especie de réplica del Jordán. Es el Wadi el-Araba, impresionante valle con un cauce fluvial seco, que, desde el golfo de Áqaba, va descendiendo hacia el mar Muerto en sentido inverso al Jordán y asegura la continuidad de la gran fosa tectónica.

El río Jordán, de aguas constantemente fluyentes, recibe sus principales afluentes por su izquierda. Estos son: el Yarmuk (arab. Sheri'at el-Menadire), que vierte sus abundantes aguas en el Jordán a poco de la salida de este desde el lago de Genesaret; el Yabboq (arab. Wadi Zerqa), a medio camino entre los dos grandes lagos; y el Arnón (arab. Sel el-Mojib), que lo hace ya en el propio mar Muerto, en su ribera oriental, a través de una impresionante garganta. En cambio, por su derecha, los afluentes del Jordán son irrelevantes y sin aguas permanentes (barrancos secos la mayor parte del año). Solo destacan el Nahal Harod y el Nahal Tirsá (arab. Wadi el-Far'a).

2. La región cisjordana

Al oeste del valle del Jordán-mar Muerto y extendiéndose hasta el Mediterráneo se encuentra la región cisjordana llamada comúnmente Palestina. Una cadena montañosa paralela a dicho valle se despliega, desde poco más al sur de la reiniciación del curso del Jordán a su salida del lago de Genesaret, hasta el extremo meridional del mar Muerto. Las cimas más altas del sistema, conocido por los nombres de montaña de Efraím o de Samaría al norte y montaña de Judá al sur, son Djebel el-Azur (heb. Ba'al Hasor) con 1.016 m sobre el nivel del Mediterráneo en la zona norte, y una cota junto a la ciudad de Hebrón con 1.020 m en la zona sur del sistema. Como la distancia entre esta línea de cumbres y la fosa del Jordán es de apenas 20 km, resulta que en este escaso trecho hay un pronunciado desnivel del orden de 1.400 m.

Por el oeste, en cambio, las montañas descienden por lo general más suavemente, dando lugar a un paisaje de colinas, que al pie de la montaña de Judá recibe el nombre de Shefelá. Viene a continuación la llanura costera, a veces sembrada de dunas, y finalmente el mar Mediterráneo. En esta zona no hay buenos puertos naturales. En la costa desembocan pequeños ríos, de los que solo merece citarse el Yarqón. Suelen estar alimentados en sus cabeceras por varios arroyos que descienden de la montaña entre barrancos; uno de los más conocidos es Wadi Natuf.

Tomando como punto de referencia Jerusalén y a medida que nos movemos hacia el sur, la línea de la costa se aleja hacia el oeste, por lo que la zona de colinas y la llanura se ensanchan. A la altura del tramo meridional del mar Muerto puede decirse que la montaña ha desaparecido. A su vez, la costa se ha alejado definitivamente, al desviarse hacia el oeste formando casi un ángulo recto e iniciándose la línea del litoral norteafricano, pues estaríamos ya entrando en Egipto. Por nuestra parte y a partir de aquí, nos hallamos en una extensa región que se prolonga hasta el golfo de Áqaba y recibe el nombre de Néguev. Limita al este con el Arabá y al oeste con la península del Sinaí. Cerca de los confines de esta región egipcia hay algunos importantes macizos montañosos (Har Ramón, 1035 m). Un grande y complejo sistema fluvial de cauces, habitualmente secos, drena una buena parte del Néguev septentrional hacia el Mediterráneo; es el Nahal Besor, que desemboca al sur de Gaza. En cambio, el Néguev central y meridional drena hacia el Arabá por infinidad de barrancas, entre las que destaca por su envergadura el Nahal Parán.

De Jerusalén hacia el norte, y después de la montaña de Efraím, se extiende una grande y fértil llanura llamada de Yizreel o de Esdrelón, que en sentido oblicuo comunica la llanura costera con el valle del Jordán, al sur del lago de Genesaret. Esta llanura apoya su espalda en una cadena montañosa, que, partiendo desde los montes de Samaría, se inicia con una serie de colinas y continúa después con la sierra del Carmelo. Va en dirección noroeste y se dirige al Mediterráneo, en el que penetra en forma de promontorio, junto a Haifa. Hacia el sureste, la llanura de Yizreel se estrecha por la presencia de los montes de Gelboé, que avanzan sobre ella, partiendo de la montaña de Efraím. Al pie de estos montes está Bet Sheán, por donde corre el Nahal Harod, el cual drena la llanura hacia el Jordán, mientras que otro río, el Nahal Quishón, lo hace en la parte norte de la misma, yendo en sentido contrario y vertiendo sus aguas en el Mediterráneo, junto Haifa.

Al norte de esta gran llanura se encuentra otra extensa zona de colinas y montes de mediana altura, uno de los cuales se adelanta dominando la planicie; es el Tabor (588 m). Se trata de la comarca llamada Baja Galilea, enmarcada entre los puertos naturales de Haifa y San Juan de Acre (heb. Akko) –situados junto a una amplia llanura costera–, por el oeste, y el lago de Genesaret, por el este. Más al norte el paisaje se vuelve abrupto, con alturas como Har Merom (arab. Djebel Djermaq), de hasta 1.208 m, separando de nuevo los llanos de la

costa del valle del Jordán. Es la Alta Galilea. El paisaje va progresivamente suavizándose por el norte hasta el cauce del río Litani. Estamos ya en territorio libanés.

3. La región transjordana

Al este de la fosa del Jordán, la estructura geográfica resulta más sencilla, pues viene a reducirse a una inmensa meseta, cortada de cuando en cuando por los afluentes a que hemos aludido antes. La plataforma en cuestión, por su flanco occidental, desciende al valle de forma bastante brusca, mientras que, por oriente, se prolonga hasta confundirse con el gran desierto Siro-Arábigo.

La zona al este del tramo comprendido entre las fuentes del Jordán y la ribera sur del lago de Genesaret corresponde a los Altos del Golán. En la parte septentrional se ven aún las últimas prolongaciones de la cadena del Antilíbano y algunos cráteres volcánicos apagados; pero la meseta es en líneas generales llana y fértil y se prolonga hacia oriente con el nombre de En-Nuqra ya en territorio sirio. Termina en una zona inhóspita, de formación volcánica, llamada El-Ledja, junto a la cual se levanta majestuosa la montaña Drusa (Djebel ed-Druz, 1839 m). Esta región recibe el nombre genérico de Haurán.

Entre los ríos Yarmuk y Yabboq se encuentra la comarca llamada Ajlun, llana en el norte y montañosa en el sur, donde aparecen alturas considerables, como Djebel Umm ed-Darra (1247 m).

La comarca de El-Belqa corresponde al tramo de meseta entre los ríos Yabboq (arab. Zerqa) y Arnón (arab. Mojib). Por lo general, el reborde sobre la hoya del Jordán se encuentra algo más elevado, presentando algunas de sus cumbres un aspecto montañoso. Es el caso del hoy llamado monte Nebo (808 m).

Al sur del río Arnón está la meseta de Kerak. Más allá del actual Wadi Hesa se extiende la alta meseta de Edom, separada en dos por la hondonada de Feinan (heb. Punón), que se introduce desde el Arabá. Sobre la meseta hay zonas montuosas y cumbres considerables, como Djebel el-Ataita (1.641 m), Djebel Mubarak (1.727 m) y Djebel el-Yaman (1.665 m), a partir del cual tiene lugar una desviación secundaria hacia el oriente de esta cadena. Entre ambos sistemas de plataformas y montañas hay una zona relativamente baja, llana y desértica, conocida con el nombre de Hisma.

4. Clima y vegetación

El clima de Tierra Santa viene determinado por la influencia antagónica de dos importantes factores geográficos: el mar Mediterráneo y el desierto. Separados ambos por la pequeña distancia de unos 130 km por término medio, cada uno conforma la gran diferencia de paisajes existentes en el pequeño país y los cambios climáticos a lo largo de las estaciones.

La costa está dominada por los vientos húmedos del mar y, en consecuencia, es fértil, verde y de clima mediterráneo, con temperaturas en invierno entre 10 y 15 °C y en verano entre 27 y 32 °C. El aire húmedo asciende por la Shefelá y por las colinas de Galilea, e igualmente penetra a través del valle de Yizreel hacia el interior, creando una zona rica y en parte cubierta de bosques, principalmente de encinas, con la media anual de precipitaciones de 1.200 mm. Más al norte, sobre las escarpadas laderas de Líbano y del Antilíbano se extendían en otro tiempo los famosos bosques de cedros, de los que apenas quedan restos.

La montaña de Efraím y, sobre todo, la de Judá, aunque dominadas por el viento del mar, son, debido a su altura y a la naturaleza del terreno, regiones ásperas y de vegetación más bien pobre, donde se cultiva la vid, se explota el olivo y abundan los cipreses. En Jerusalén la media anual de lluvia es alta, de unos 600 mm. A pesar de que en verano la temperatura puede ser elevada (30 °C en Jerusalén), esta desciende notablemente por la noche (18 °C en Jerusalén).

Por una parte, las nubes permanecen atrapadas en lo alto de la cordillera, quedando la vertiente este de la misma en lo que se llama «a la sombra», protegida de ellas. Por otra parte, el enorme desnivel que esta zona montañosa presenta por oriente produce un efecto muy típico en meteorología: el aire, al descender por estas laderas, se calienta un grado por cada 100 m de desnivel y consiguientemente se reseca. Por eso, la vegetación desaparece creándose un paisaje desértico extremadamente árido y quebrado sobre todo en el sur (desierto de Judá). A tales circunstancias se une el hecho de que estas laderas están directamente expuestas a los vientos secos procedentes del gran desierto Siro-Arábigo y de que una buena parte de ellas se halla ya bajo el nivel del Mediterráneo, lo que supone una presión atmosférica elevada. No obstante, puede llover algún día aislado en invierno, y entonces el agua corre

torrencialmente por el fondo de los abruptos barrancos que constituyen el típico paisaje del desierto de Judá, los cuales durante todo el año están secos.

Por todas estas circunstancias apuntadas, las llanuras del Jordán configuran un paisaje desértico, salvo en el norte, cerca del lago de Genesaret, adonde llega el aire húmedo principalmente a través del valle de Yizreel. La estrecha línea que sigue el curso del Jordán con sus interminables meandros constituye una franja verde y exuberante con un microclima tropical, que va empobreciéndose a medida que se acerca al mar Muerto, en cuyos alrededores no hay vegetación, siendo uno de los paisajes más desolados del mundo. Algunas fuentes en lugares aislados de la fosa crean bellos oasis; tal es el caso de Jericó, donde, no obstante, la temperatura media del verano es de 40 °C. En esta localidad la media anual de lluvia es de 200 mm. Al sur del mar Muerto solo llega a 50 mm.

Por su parte, Galilea es de clima suave y paisaje verde por estar expuesta al benéfico influjo del Mediterráneo. La moderada diferencia de altura entre las colinas y el nivel del lago de Genesaret no permite el fenómeno de desertización registrado en el bajo Jordán. Solo en la ribera norte del lago existe mayor aridez en el paisaje.

El Néguev, por su situación geográfica, no se ve beneficiado por los vientos húmedos del Mediterráneo; por eso es un enorme desierto que solo parcialmente y en muy escasa medida han podido transformar las actuales técnicas de regadío del estado de Israel. La media anual de lluvia en Bersheva es de 143 mm.

Al este del valle del Jordán, la subida a la gran meseta de Transjordania sigue siendo de carácter semidesértico. Pero, a medida que se va tomando altura y dominando sobre los montes de Cisjordania, las laderas y después la meseta se transforman en una región fértil, expuesta a los vientos del Mediterráneo. Crean un paisaje de cierta austeridad, muy semejante al de la meseta castellana, donde se recogen buenas cosechas de cereales. Sobre las colinas al norte del Yabboq (Wadi Zerqa) se ven los restos del antiguo bosque de Galaad, constituido fundamentalmente por encinas. Más al este, los vientos orientales del desierto hacen acto de presencia y detienen el influjo mediterráneo. Así se inicia una zona esteparia que al fin acaba confundándose con la gran extensión desolada, conocida por el nombre de Gran Desierto, que por el este continúa hasta el Éufrates y por el sur se interna en Arabia Saudita.

Pero si, como decimos, el dominio alterno de influjos marinos o desérticos determina la diversidad del paisaje, también influye en los cambios atmosféricos a lo largo del año. El equilibrio entre los vientos mediterráneos o desérticos no es siempre constante. En la meseta cerealista de Transjordania durante gran parte del año dominan los vientos del este, que en invierno son fríos y en verano tórridos. Ya hemos dicho que el desierto de Judá en la Cisjordania recibe también periódicamente estos vientos, que ascienden hasta las cimas de la sierra y se dirigen hacia la costa, creando un ambiente bochornoso, sobre todo algunos días de primavera y otoño. Es el viento terral típico, llamado *hamsin*. En general, y para resumir, podemos decir que el invierno en Tierra Santa es corto, relativamente frío en las zonas más altas y con precipitaciones muy intensas; a veces puede nevar en la montaña de Judá. La primavera es suave, salvo los días de *hamsin*, aunque en la montaña sigue bajando bastante la temperatura durante la noche. No llueve habitualmente, salvo las llamadas «lluvias tardías», de carácter restringido. El verano es cálido en todo el territorio. Solo las zonas más altas experimentan durante las noches el alivio de su privilegiada situación. El otoño es aún seco, menos caluroso, salvo los días de *hamsin*; pero ya empiezan a dominar sobre casi todo el territorio los vientos del Mediterráneo, que acabarán por traer, primero de forma esporádica, las «lluvias tempranas» y después las lluvias del invierno.

Pistas de trabajo

Dibuje un mapa mudo de Palestina y señale en él los principales wadis, ríos, montes y regiones. Señale también las principales vías de comunicación.

II. GEOLOGÍA

En Tierra Santa quedan tan solo reducidos restos de la primitiva plataforma continental del Precámbrico, con rocas metamórficas, en la región del golfo de Áqaba y sus alrededores. Hay que ir ya al Jurásico, hace unos 150 millones de años, en plena Era Secundaria, para hallar terrenos sedimentarios de areniscas al este del mar Muerto y en la cuenca del Wadi Zerqa. Sin embargo, la mayor parte de la estructura geológica del país, al menos la parte más caracterizada, pertenece al terreno Cretácico. Del Cenomanense (Cretácico Medio) son la mayoría de las rocas calizas de la montaña de Judá, Efraím, Galaad y una buena parte de Galilea y el Carmelo. A ellas suele sobreponerse el Turoniense. Del

Senoniense (ya en el Cretácico Superior) tenemos otras calizas blandas, características del desierto de Judá y de una gran parte de la meseta transjordana, más allá del reborde que mira a la fosa del Jordán.

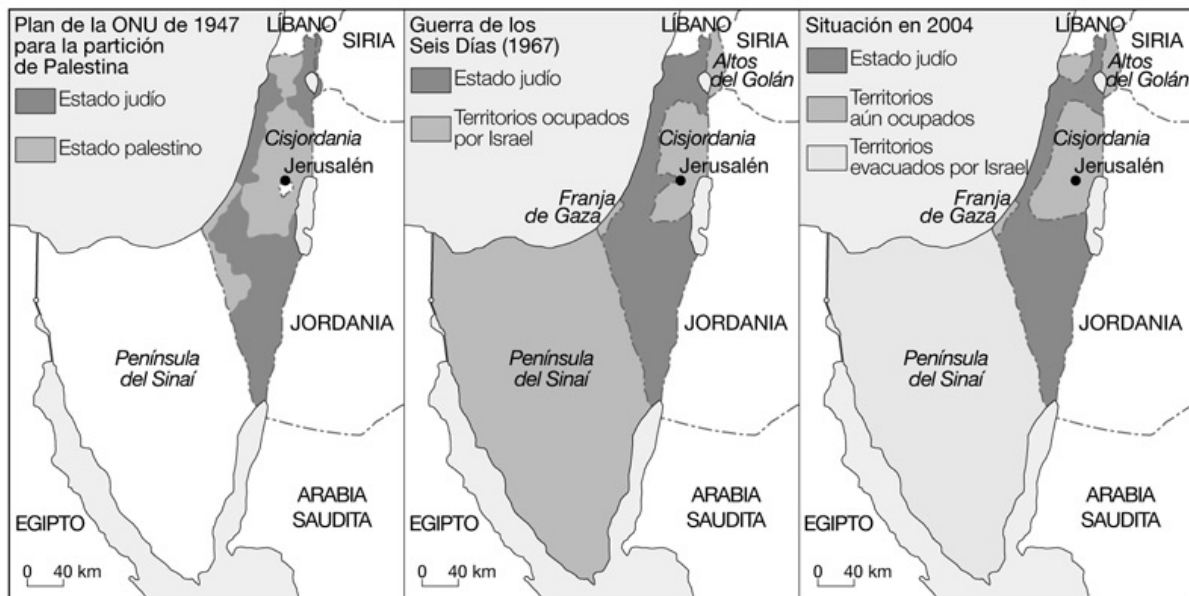
Todavía en el Terciario, durante el Eoceno, hace unos 45 millones de años, una gran parte de Tierra Santa estaba cubierta por el mar, aunque por entonces tenían lugar las presiones que originarían los plegamientos en el paquete de estratos depositados en el fondo del mar. De entonces datan ciertos terrenos calizos del Néguev, así como del Ajlun y de Galilea. En el periodo Mioceno, hace unos 18 millones de años, tuvo lugar la mayor actividad orogénica que plegó y quebró todos los estratos anteriores e hizo emerger las tierras del país, salvo las llanuras costeras. Ello permitió la salida de lava volcánica que ha dado origen a los basaltos en los alrededores del lago de Genesaret, del Hule y en el macizo de Djebel Druz. Fue entonces cuando se produjeron las grandes fallas que de norte a sur darán lugar a la fosa tectónica del Jordán, con todo el cortejo de fallas secundarias en distintas direcciones. Entre ellas cabe citar la que separa la Shefelá de la montaña de Judá, sensiblemente paralela a la del Jordán, y la gran falla al norte del Carmelo, que determina la orientación oblicua, respecto al sistema, de la llanura de Yizreel.

Durante el Cuaternario, en el Pleistoceno, hace un millón y medio de años, y en los comienzos del Holoceno, hace 10.000 años, se formaron las llanuras costeras, a causa del fenómeno mundial de las glaciaciones y de los movimientos que variaron repetidas veces el nivel del mar. Un enorme lago, conocido hoy con el nombre convencional de Lisán, ocupaba toda la fosa del Jordán, que acabó fragmentándose y dando lugar al sistema actual de lagos y corriente fluvial propiamente dicha. A su vez, la fosa fue hundiéndose progresivamente, y los afluentes se vieron precisados a horadar sus típicas gargantas, entre las que hay que destacar la del Mojib, la cual alcanza una profundidad de 700 m. Al final del Pleistoceno comienza una etapa de desecación progresiva en el clima del país, que con ciertas interrupciones continúa hasta la época actual.

III. GEOGRAFÍA POLÍTICA ACTUAL

En la actualidad, Cisjordania está ocupada por el Estado de Israel, fundado en 1948. Sus fronteras son el resultado de la guerra árabe-israelí y del consiguiente armisticio de 1949. En 1967 y después de la llamada Guerra de los Seis Días,

Israel ocupó nuevos territorios, estableciendo como frontera con Jordania el curso del Jordán. Estos territorios quedaron, bajo administración especial, sin estar integrados plenamente dentro del Estado, y hoy ya disfrutan de total autonomía a cargo de la llamada Autoridad Palestina. Su población sigue siendo árabe palestina. A su vez, Israel ha incorporado plenamente a su Estado los Altos del Golán, que en otro tiempo pertenecieron a Siria. El número de habitantes del Estado de Israel es de 7.100.000, de los que son judíos unos 5.680.000; el resto está integrado por árabes y otras minorías. A estas cifras hay que añadir más de 2.000.000 de habitantes en los territorios ocupados: Judea y Samaría; y 1.400.000 en Gaza. Las ciudades más importantes son: Tel Aviv con 380.000 habitantes, Jerusalén con 740.000 y Haifa con 267.000 habitantes.



■ EVOLUCIÓN DE LOS TERRITORIOS DE ISRAEL Y PALESTINA.

Por su parte, la Transjordania integra el Estado denominado Reino Hashemita de Jordania. Declarado Emirato de Transjordania en 1921, se convierte en reino en 1946 y adopta el nombre de Jordania en 1949. Tiene en la actualidad 5.500.000 habitantes. Su capital es Ammán, con 2 millones de habitantes.

IV. GEOGRAFÍA HISTÓRICA BÍBLICA

Se trata ahora de reconstruir sobre el mapa real de Tierra Santa las referencias geográficas que aparecen en el texto sagrado y de localizar los principales topónimos en él citados. El diverso valor histórico que puedan tener los distintos relatos bíblicos no es aquí objeto de estudio y discusión, ya que será tratado en otros capítulos de la presente obra. Tan solo atendemos ahora a la identificación topográfica y ambientación geográfica de los hechos, más allá de que estos puedan ser reales o legendarios.

Para comenzar, hay que decir que la Tierra Santa se halla en uno de los cuernos de lo que Breasted llamó en su día el «Creciente Fértil». En efecto, se trata de una amplia zona del occidente asiático en forma de inmensa media luna, con los cuernos hacia el sur, constituida por un conjunto de países de suelo relativamente fértil, y en cuya concavidad se encuentra una de las regiones más ásperas y desoladas del planeta, el inmenso desierto Siro-Arábigo. El cuerno oriental de este creciente fértil lo forma Mesopotamia, y el occidental Tierra Santa y el Líbano. El valle del Nilo podría ser considerado como su ulterior prolongación, internándose ya en África. La parte central del creciente lo constituyen las altas cuencas del Éufrates y Tigris, que se reparten entre los actuales países de Siria, Turquía e Iraq.

En cualquier caso, Tierra Santa fue siempre en la antigüedad un lugar de paso entre el poderoso Imperio egipcio y los otros imperios de oriente: hititas, asirios, babilonios, persas... Las vías de comunicación más importantes con nombres bíblicos², eran dos. La primera recibe el nombre de «camino del mar» o *via maris* (Is 9,1), llamado también «camino de los filisteos» (Ex 13,17), que desde Egipto bordeaba la costa de Palestina hasta la sierra del Carmelo. Allí, evitándola, atravesaba por un estrecho paso, junto a la ciudad de Meguiddó, para salir a la llanura de Yizreel. Recorría la Baja Galilea y se dirigía al Jordán en su tramo más alto, cerca del lago Hule, para ascender a la Becá o para internarse en Siria, camino de Damasco. La otra arteria importante era el «camino del rey» (Nm 20,19), que, procedente del golfo de Áqaba, subía a la meseta transjordana desde el Arabá y seguía paralela al sistema mar Muerto-Jordán, no muy lejos del borde de la fosa. Finalmente se unía al camino anterior en los Altos del Golán. Había además otras rutas secundarias y ramales de intercomunicación en diversos puntos entre unos y otros caminos.

Hay que señalar que el nombre de Palestina, frecuentemente empleado para designar el país que estudiamos, no aparece nunca en la Biblia. Lo utiliza el

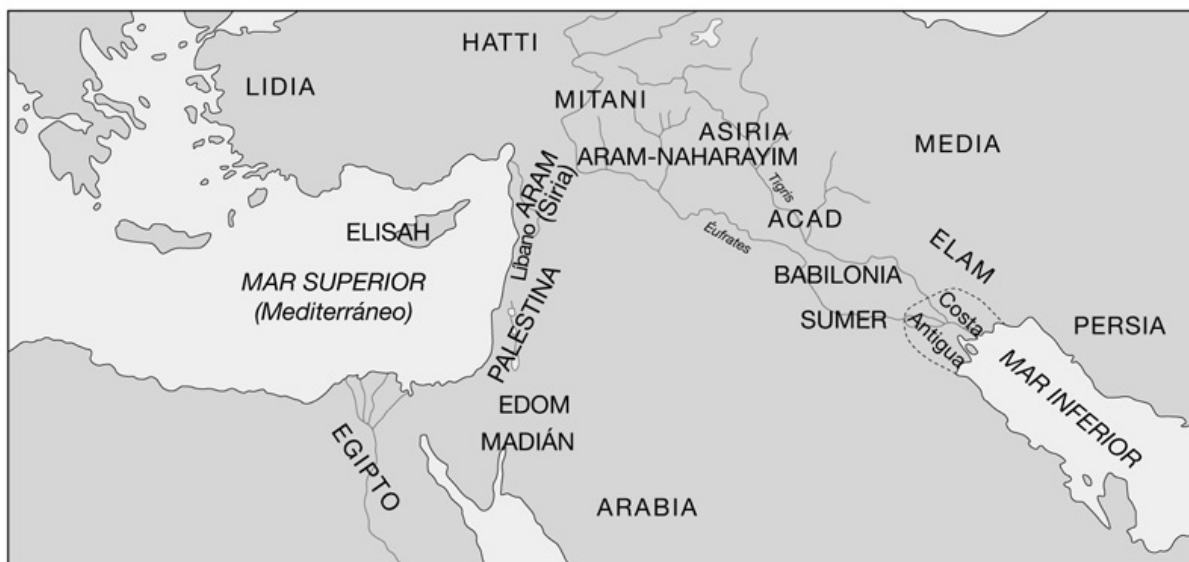
historiador griego Heródoto (siglo v a.C.), y después aparece en fuentes romanas del siglo II d.C. Probablemente viene de la palabra *pelishtim* ('filisteos'). En la literatura bíblica, el país se designa con distintos nombres, de los cuales el más común en el AT es el de Tierra de Canaán (heb. 'Eresh Kena'an).

1. Antiguo Testamento

A) LOS PATRIARCAS

Las narraciones del Génesis sobre la época patriarcal reflejan el ambiente de pueblos de pastores nómadas que se mueven a través de un territorio donde existen varias «ciudades-estado». Todo el conjunto podría apuntar hacia el año 1900 a.C., en torno a los comienzos del Bronce Medio o periodo de la invasión de los hicsos. El clan semita de Abrahán, que habita en tiendas, procede de Harán en el alto Éufrates y más remotamente –se dice– de Ur en Sumeria-. Recorre el país por la montaña de norte a sur, deteniéndose en los lugares que después serán famosos como santuarios. Se trata precisamente de la justificación del carácter sagrado de tales lugares, por medio de distintas teofanías.

Abrahán aparece en Siquem (hoy Tell Balata, cerca de Nablus), en la montaña de Efraím, justamente en una encrucijada de caminos, donde se une el que, siguiendo la montaña, va de sur a norte (el «camino de Betel a Siquem», según Jue 21,19) con otro que desde el Jordán sube a través de Wadi Far'a. Este, a su vez, empalmaba con el que desde la meseta transjordánica bajaba a la fosa del Jordán por el valle del Yabboq (arab. Wadi Zerqa). El patriarca se mueve unos 50 km desde Siquem a Betel (hoy Beitin, al noreste de Ramalla). De aquí, atravesando la montaña de Judá, se interna en el Néguev, desde donde penetrará en Egipto. De nuevo desanda el camino hasta Betel, y aquí es precisamente donde se separa de su sobrino Lot, el cual baja a la hoya del Jordán. Abrahán se mueve de nuevo al sur y acampa junto a Hebrón, importante lugar de la montaña de Judá, que aún hoy conserva ese nombre.



■ PAÍSES EN EL ANTIGUO PRÓXIMO ORIENTE.

El episodio de la campaña de los cuatro reyes orientales que, en una expedición de castigo, atacan a los estados del sur del mar Muerto, permite algunas identificaciones, entre ellas el propio gran lago que recibe el nombre típico de mar de la Sal (heb. Yam ham-Melah), las montañas de Seir en la zona de Petra o quizá ya internándose hacia la península del Sinaí, El-Parán al este del Arabá... Se cita a los refaítas, zuzúes, emíes y horitas, antiguos pueblos que aparecen citados igualmente al este del Arabá en Dt 2,10-12, y la ciudad de Cadés ('Ain el-Qudeirat) en el Néguev. Sodoma y Gomorra podrían estar hipotéticamente sepultadas bajo el mar Muerto al sur de la península de Lisán, en una zona de aguas poco profundas y de posible hundimiento en época reciente. Abrahán persigue al ejército vencedor hasta Dan, cerca de las fuentes del Jordán. Se cita asimismo Hobá, al norte de Damasco. Después aparece Melquisedec, sacerdote y rey de Salem (Jerusalén) y se hace referencia a su encuentro con Abrahán en el valle de Savé, en las afueras de esa ciudad.

El patriarca sigue vagando por el Néguev y vuelve a Hebrón, al llamado encinar de Mambré; de nuevo se dirige hasta cerca de Cadés y Sur, se mueve hacia la costa de Guerar, hoy Tel Haror (arab. Tell Abu Hureireh), entre Bersheba y Gaza, en las inmediaciones del actual Nahal Gerar. Retorna a Bersheba, llega hasta el monte Moria, que una tradición posterior colocará en

Jerusalén en el lugar del templo, y finalmente él y antes su mujer Sara morirán y serán enterrados en Hebrón, en la cueva de Makpelá.

No hay noticias literarias de que el patriarca Isaac saliera del Néguev; allí recibió a su esposa Rebeca, que venía de Harán, en la Alta Mesopotamia, y desde allí se le ve moverse hacia Guerar, según un pasaje que repite la historia acaecida a su padre. Después parece permanecer en Bersheba. Desde allí parte su hijo Jacob para Harán. Siguiendo el camino de la montaña, llega hasta Betel, donde pasa la noche y es protagonista de una teofanía. Probablemente desde Siquem, por el camino ya mencionado que atraviesa el Jordán y sube a la meseta transjordana, se dirige al alto Éufrates. En efecto, esta ruta será descrita minuciosamente como la seguida por Jacob a su vuelta, citando el nombre del río Yabbok y las ciudades transjordanas de Penuel (hoy Tell edh-Dhahab) y Sukkot (hoy Tell Deir'Allah), ambas en el bajo Yabbok, así como las ciudades cisjordanas de Siquem y Betel. Al llegar aquí, se dirige seguidamente a Efratá, que debió de ser una aldea en el territorio de Benjamín, y es el lugar donde nacerá este último patriarca y morirá de parto Raquel su madre. Sin embargo, una tradición posterior, aunque relativamente antigua, sitúa la tumba de esta matriarca en Belén, y a ella hace referencia el texto de Gn 35,19. Esaú, por su parte, aparece como patriarca del pueblo de Edom o Seir, en la Transjordania, al sureste del mar Muerto.

José, enviado por su padre Jacob para encontrar a sus hermanos, sigue el mismo camino, por la montaña, desde Hebrón, donde residía su padre, hasta Siquem y de aquí a Dotán (hoy Tell Dotan, a 8 km de Yenin). Recogido por una caravana de mercaderes «madianitas», lo llevan a Egipto y allí lo venden como esclavo. Jacob parece que continúa viviendo en Hebrón y, cuando baja a Egipto, al encuentro de su hijo, hace una estación en Bersheba, donde tiene lugar una teofanía. En Hebrón será finalmente sepultado con sus padres, aunque parece existir también otra tradición al respecto (Gn 50,5).

B) EL ÉXODO

Hoy ya no se admite que todas las tribus israelitas salieran de Egipto en la emigración que conocemos por el nombre de «éxodo». Algunas estaban ya en Palestina, otras probablemente se unieron a la migración desde el desierto, sin haber pisado nunca las tierras del Nilo. Desde el punto de vista geográfico, la ruta del éxodo y la identificación de todas las etapas citadas en la Biblia es un

problema hoy por hoy irresoluble. La cuestión principal reside en la propia identificación del monte sagrado de la teofanía, llamado en los textos Sinaí por la tradición yahvista, y Horeb por la elohista y el Deuteronomio. No es seguro que la tradición cristiana que identifica el Sinaí con Djebel Musa, al sur de lo que hoy se llama península del Sinaí, tenga un sólido fundamento.

Si la teofanía está relacionada con una erupción volcánica, como podría deducirse de las fuentes yahvista y deuteronomista (Ex 19,18-22; Dt 4,11-12), entonces ciertamente no puede ser el actual Sinaí, que no es zona volcánica. Habría que buscar el monte en la península Arábiga, cerca de la costa, poco antes de la entrada del golfo de Áqaba, en el macizo de Djebel Harab, donde han existido volcanes en erupción en época histórica, como Hala el Bedr. Si, por el contrario, la teofanía está solamente relacionada con una importante tormenta, tal como la describe el elohista (Ex 19,16), pudo haber tenido lugar lo mismo en Djebel Musa que en el macizo norte de esa península, o en otro lugar del Néguev. Se ha hablado concretamente de Djebel Halal, al oeste de Cadés, o de la «montaña sagrada» de Har Karkom, al sureste del anterior, si bien los hallazgos arqueológicos aquí recuperados datan del III milenio a.C. y no de la época del éxodo. Nótese, sin embargo, que el territorio de Madián, con el que se relaciona directamente el Sinaí (Ex 3,1), estaba ciertamente en la península Arábiga, justamente en la región de Harab, que todavía se llama Madyan. Existe una vieja tradición judía al respecto, bien documentada, de la que en último término se hace eco san Pablo cuando dice: «El monte Sinaí está en Arabia» (Gal 4,25).

Solo es posible hablar con verosimilitud de las primeras etapas de la salida de Egipto y de las últimas de la llegada a Palestina. Como punto de partida se señala la ciudad de Ramsés, Pi Ramsés, que es Tanis o sus alrededores (Qantir). Se trata de la conocida gran ciudad egipcia en la zona oriental del delta del Nilo. En Qantir, que era la residencia de Ramsés II, tenía este faraón su palacio, cuyas ruinas aún se conservan.

La primera estación citada en la ruta es Sukkot, que debe ser Pitom-Teku, la ciudad del dios Atum, localizada en Tell el-Maskhuta, al este del delta, ya camino de los Lagos Amargos. Esta ciudad ha sido citada antes en el éxodo, como uno de los lugares en que había colonia hebrea, que trabajaba para los egipcios. Se trataba de una fortaleza que guardaba el camino del desierto. Toda esta comarca, en el Wadi Tumilat, debió ser la Tierra de Goshén, de la que

también habla el Génesis como lugar de establecimiento de los hebreos. La segunda etapa es Etam. Se ha hablado de una conocida fortaleza egipcia, Htm, al sur de Teku, citada por los textos, que pudiera ser la estación bíblica; pero no es seguro. La tercera etapa es Pi Hahiot, entre Migdal y el mar, frente a Baal Sefón (Ex 14,2). Pi Hahiot parece un nombre egipcio corrupto; pero no está localizado el lugar. Migdol, por el contrario, es bien conocido y designa una fortificación fronteriza del faraón Seti I en Tel el-Her, ya cerca de Pelusio, en el norte. Igualmente Baal Sefón, que es el nombre de una divinidad fenicia, la cual tenía culto en Dafne, es una ciudad al nordeste del delta. Esto indicaría una ruta en dirección hacia el Mediterráneo por la *via maris* o camino de los filisteos, lo que contradice el texto de Ex 13,17-18, que habla de una ruta del desierto, sin duda hacia el sur. Pero también hay otros testimonios de que estos nombres se repetían con alguna frecuencia en toda la zona.

Es aquí donde tiene lugar el «paso del mar Rojo» (heb. Yam Suf). Su etimología puede significar «mar de las cañas» y podría referirse a los Lagos Amargos y su entorno pantanoso (hoy en día incluidos dentro del canal de Suez); o a las marismas cerca del Mediterráneo en la zona de Pelusio, interpretación que iría bien con la «ruta norte»; o, finalmente, con el propio mar Rojo en el golfo de Suez, justamente en una zona de marismas entre este y los Lagos Amargos sometida al régimen de mareas del primero, lo que pudiera estar en relación con el paso.

A partir de aquí, el resto de las estaciones es de interpretación discutible por desconocerse la verdadera ruta y la propia identificación del Sinaí. Entre los muchos topónimos citados (más de cincuenta estaciones) hay dos puntos inequívocos, que son Cadés Barnea y Esiyon-Gueber. El primero debe identificarse con 'Ain Qudeirat, un oasis al oeste del Néguev central; el segundo era un puerto en el golfo de Áqaba, junto a Elat. También son conocidas las últimas estaciones, ya en las mesetas de Transjordania. En Cadés el pueblo israelita permanece acampado durante mucho tiempo (Dt 1,46). Desde aquí hay un intento de penetración en la Tierra Prometida, hecho que estaría reflejado en la historia los famosos exploradores y sus inmediatas consecuencias (Nm 20,2; 21,1-3; Jos 14,6ss; Jue 1,9-17). Pero tampoco puede descartarse que ya para entonces estuvieran instaladas en el país, y en buena parte desmembradas, las tribus de Simeón y Leví, que en otro tiempo habrían vivido hasta en la montaña de Efraím (Gn 34,25-29).

El otro grupo de tribus, que comprendía a Rubén, Efraím, Manasés y Benjamín, vendría acaudillado primero por Moisés y después por Josué, a través de la llamada «ruta del éxodo», cuyas últimas etapas, moviéndose desde Cadés, vienen consignadas en una doble y contradictoria tradición. Según Nm 20,14-23; 21,4; y Dt 2,1-25, los israelitas no atravesaron los territorios de Edóm y Moab. Se dirigieron primero hacia lo que sería más tarde Esión-Guéber en el mar Rojo, pasando tal vez por la comarca de las minas de cobre de Punón, hoy Feinan, junto al Arabá; o más bien, como parece más lógico, atravesando por Timná en el mismo Arabá, pero mucho más al sur y del lado occidental, donde tendría lugar el episodio de la serpiente de bronce (Nm 21,4-9). Desde Áqaba iniciaron la «ruta del desierto», bordeando los territorios de ambos pueblos hasta más allá del Arnón. De aquí, internándose hacia el oeste, fueron a parar hasta los llanos de Moab, en el valle del Jordán, frente a Jericó, en la ribera oriental del río.

La segunda tradición, contenida en Nm 33,41-49 y secundariamente en Nm 21,10-20, supone que el pueblo atravesó los territorios de Edom y Moab por el «camino real», pasando incluso por la ciudad de Dibón. Se ha dicho que ambas rutas pueden aludir a dos migraciones distintas, acaso una conducida por Moisés con las tribus de Lía y la otra por Josué con las tribus de Raquel. No parece que esto tenga fundamento. Más bien habrá que pensar que la segunda tradición es posterior (pertenece al documento sacerdotal) y obedece a una reconstrucción «culta» de la ruta, que utilizaría un itinerario de viajes existente en la época, ajeno por completo al verdadero camino de las tribus. En estas fuentes hay algunas localidades bien conocidas, como Parán, el torrente Zered = Wadi el-Hesa, el Arnón = Wadi el-Mojib, y Dibón = Diban al norte de este río.

C) LA CONQUISTA

Los primeros territorios donde se asientan los israelitas, que vienen de la peregrinación por el desierto, se encuentran en Transjordania. Es una parte de la meseta, en la zona conocida como El-Belqa, al nordeste del mar Muerto. Para ello tienen que enfrentarse al rey cananeo de Hesbón, llamado Sijón, a quien derrotan en Yahás, y cuyo territorio ocupan. Hesbón está localizado en Hisban, al norte de Mádaba. Yahás, no localizado, estaría al sureste de Hesbón.

La conquista de un pretendido reino de Basán, derrotando a su rey Og, parece una interpolación posterior, sin visos de realidad histórica ni de localización geográfica coherente. Solo puede decirse que Basán es un territorio al este del lago de Genesaret, y Edrei, el lugar de la batalla, es Dera'a, en el alto Yarmuk. En cambio, sí parece que los israelitas ocuparon la región de pastos de Yazer, al norte de Hesbón, y Galaad, más al norte, pero sin sobrepasar, en esa época el cauce del Yabbok. Es decir, se completa el asentamiento en todo El-Belqa, si es que, como parece más probable, no había aquí ya asentados otros «israelitas» que no participaron en la marcha común por el desierto y con los que se hermana a su llegada el grueso de la migración. Estos «israelitas» serían la tribu de Gad. La historia de Balaam, el relato de Baal Peor y la guerra contra los madianitas son relatos tardíos que no responden a la realidad de los hechos en la época de la conquista.

Moisés no condujo al pueblo más allá del Jordán. Solo contempló la tierra de Canaán desde una montaña, el monte Nebo, que la tradición localiza en la cima que hoy lleva el nombre de Ras el-Siyaguh (711 m) al noroeste de Mádaba, desde donde ciertamente se contempla una espléndida vista sobre la fosa del Jordán y Cisjordania. Probablemente, la palabra Nebo en el texto no significaba originariamente otra cosa que monte en sentido genérico.

El Jordán fue pasado frente a Jericó. La ciudad, situada en el oasis de su nombre sobre una colina (Tell es-Sultan), no era entonces, en realidad, más que un pequeño pueblo, el cual fue fácilmente conquistado; pero tal evento adquiere en el texto bíblico una dimensión épica por el simbolismo de tratarse de la primera población conquistada en la Tierra Prometida. Después, los israelitas subieron a la montaña y conquistaron algunas plazas. El texto se hace eco de una tradición etiológica, según la cual las ruinas de la antigua e importante ciudad de Ay (hoy Khirbet et-Tell), que ya estaba destruida y abandonada hacía más de mil años cuando llegaron allí los israelitas, serían el testimonio fehaciente de las victorias en la campaña de conquista.

Otras ciudades cayeron sin combate, como Gabaón (hoy El-Jib). Pero una coalición de reyes cananeos procedentes de la Shefelá fue derrotada por Josué en el barranco de Bet-Horón, uno de los más famosos caminos de bajada desde la montaña a la Shefelá, al norte de Jerusalén. Sin embargo, es discutible que los «reyes» derrotados fueran los que se citan en el texto. Las ciudades consignadas son: Jerusalén, Hebrón, Yarmut, Lakish y Eglón. La huida del enemigo pasando

por Ayalón terminó en Azeca. Yarmut es Tel Yarmut, cerca de Azeca, que sería el actual Tel Azeca (antiguo Tell Zakariah), ambos al sur de Bet Shemesh. Bet Horón y Ayalón conservan actualmente sus nombres. Pero la presencia de los reyes de Jerusalén y de lugares más lejanos, como Hebrón, Lakish (Tell Duweir, al oeste de Hebrón) y Eglón (posiblemente Tell el-Hesi, al oeste del anterior), debe ser tomada con toda reserva. En efecto, parece tratarse de un artificio literario del autor con el fin de empalmar a continuación la toma de esas ciudades del sur, cuya conquista no se debe al grupo de Josué, sino a los esfuerzos de la confederación de Judá. Algunas quizá fueron conquistadas temporalmente como Hebrón (Jue 1,10-15), pero otras como Lakish, Eglón y Libná no lo fueron sino muy tardíamente.

La conquista del norte fue realizada por otro grupo de tribus: Zabulón, Isacar, Neftalí y Aser, que no procedían de Egipto, ni tuvieron la experiencia del Sinaí. Vivían en el país desde la época patriarcal o, más bien, entraron en un momento indefinido procedentes del desierto, en todo caso con anterioridad a la «conquista» de Josué. De todos modos, téngase en cuenta que hoy la crítica histórica sobre la conquista del país, tal y como aparece en el libro de Josué, es mucho más severa que hasta ahora, especialmente tras los estudios de algunos arqueólogos como Finkelstein. Pero, como hemos ya advertido reiteradamente, aquí nos limitamos a estudiar el relato bíblico desde el punto de vista geográfico. Los problemas relativos a la verdadera historicidad de los hechos narrados serán tratados en otras partes de la presente obra.

Después del pacto de Siquem, en que unos y otros –los de la migración de Josué y los del norte– adoptan el culto de Yahvé, las tribus del norte se sublevan contra los cananeos, con quienes habían convivido antes, y, tras la batalla de las Aguas de Merom (las fuentes de donde se suministraba de agua a la ciudad de Merom, probablemente Tell el-Khureibeh, cerca de Djebel Marun, al oeste de Hasor), se hacen dueños de esta famosa ciudad. Hasor está perfectamente localizada y excavada al suroeste del antiguo lago Hule. En el relato del ya citado pacto se hace alusión a las dos montañas a cuyo pie se encuentra la ciudad de Siquem (Tell Balata). Se trata de Garizim y Ebal, designados hoy con los mismos nombres (881 m y 940 m, respectivamente).

D) TIERRA SANTA EN LA ÉPOCA DE LOS JUECES

La situación de Tierra Santa alrededor del siglo XI a.C., después del establecimiento en ella de Israel, estaba determinada por la presencia de cuatro grandes bloques de pueblos. Los *cananeos*, que ocupaban las zonas más fértiles y estratégicas de Cisjordania, establecidos en pequeñas «ciudades-estado». Las más importantes de estas eran, entre otras, Guézer (Tel Yezer), Bet-Shemes (Tell er Rumele), en la Shefelá; Megiddo (Tell el-Mutesselin), Tanak (Tell Ta'annek) y Bet Shan (Tell el'Hosn), en la llanura de Yizreel; Dor (El-Bury) y Akko (San Juan de Acre), en la costa; y aun la propia Jerusalén, en la montaña.

Los *filisteos*, fracción de los llamados «pueblos del mar», se hallaban establecidos en la costa sur, con sus cinco ciudades: Ashdod o Azoto, Ascalón y Gaza, en el borde del mar, ciudades que hoy en día conservan el nombre antiguo; y Eqrón o Acarón (hoy Tel Milqne) y Gat (erróneamente identificada con Tel Nagila, y ahora localizable más bien en Tel Zafit), algo más al sur.

Al otro lado del Jordán había pueblos emparentados con Israel. Los *arameos* al norte, divididos en varios estados, una de cuyas ciudades era Damasco; los *ammonitas* en El-Belqa nororiental con Rabbat Ammón (la actual Ammán) por capital; los *moabitas*, en la meseta de Kerak, que durante mucho tiempo tendrán por frontera el río Arnón por el norte y el Wadi el-Hesa por el sur, aunque conseguirán rebasar la frontera septentrional en ocasiones; los *edomitas*, que desde el Wadi Hesa llegaban hasta Ákaba. Su ciudad más importante era Bosrá, hoy Buseira, al sur de Tafilá.



■ PALESTINA EN LA ÉPOCA DE LOS JUECES.

Israel ocupaba por lo general la comarca más pobre de Cisjordania, es decir, la Montaña, y una escasa zona de Transjordania. Estaba constituido por una confederación de doce tribus, cuyas fronteras aparecen consignadas en el libro de Josué, en el cual se barajan dos documentos al respecto: el de los «confines de las tribus» y la «lista de ciudades». El primero describe los límites de algunas de las tribus; con el segundo, que enumera las ciudades de las otras, se completa el panorama de la ocupación israelita del país.

De norte a sur nos encontramos, en primer lugar, con la pequeña tribu de Dan, que ocupaba la ciudad de su nombre (antes llamada Laish) y su territorio, junto a las fuentes del Jordán. Esta ocupación es posterior a la batalla de Merom (ca. 1200 a.C.). Dan tenía también un pequeño territorio en la Shefelá, entre Sorá y Eshtaol (Jue 13,25), al sur de Wadi Natuf, origen de la fracción que emigró al norte.

En la región de los lagos Hule y Genesaret se hallaba establecida la tribu de Neftalí, que junto a Dan figura en la tradición como descendiente de Bilhá, la esclava de Raquel. La tribu de Aser (descendiente de Zilpá, la esclava de Lía) ocupaba la zona montañosa más occidental de Galilea. Zabulón e Isacar («hijos de Lía»), tribus muy unidas, habitaban en las colinas de la Baja Galilea. Su presencia, atestiguada en el valle de Yizreel, se debe probablemente al hecho de prestar servicios allí por cuenta de los cananeos, así como en la llanura de Akko lo hacían Zabulón y Aser.

En el norte de la montaña de Efraím, incluyendo la ciudad de Siquem, habitaba la tribu de Manasés. Otra fracción de esta tribu, Makir, emigró a Transjordania, a los montes de Galaad. Efraím ocupaba, por el contrario, el sur de la montaña de su nombre, pero iría adquiriendo mayor importancia y territorio más amplio a costa precisamente de Manasés. En Efraím se hallaba por entonces el importante santuario de Silo.

Por su parte, Benjamín (otra de las tribus de Raquel) poseía la parte central de la montaña entre Efraím y Judá, es decir, la comarca al norte de Jerusalén, y su territorio descendía por el este hasta el valle del Jordán. Entre sus ciudades figuran Betel, Gabaón, Mispa (Tell en-Nasbe) y Jericó.

Judá, con todos los clanes que absorbió (quenitas, calebitas y quenicitas), poseía la montaña de su nombre, desde el sur de Jerusalén hasta el Néguev,

donde se confundía con su tribu hermana, Simeón, prácticamente absorbida por Judá. La tercera tribu hermana, Leví (las tres descendientes de Lía), carecía de territorio propio. Ciudades clásicas de Judá fueron Belén y Hebrón.

Al otro lado del Jordán y al sur de Manasés se hallaba Gad, que ocupaba la zona septentrional de El-Belqa, y Rubén, la zona meridional, al norte del Arnón. Rubén prácticamente desapareció ante las presiones continuas de Moab por el sur y de Gad por el norte.

La extensión de los pobres territorios israelitas a las zonas más ricas, ocupadas por los otros pueblos, fue un proceso muy lento que en algunos casos nunca llegó a consumarse por completo. Por de pronto, en la época de los jueces la labor israelita fue principalmente de defensa. El quenicita (judaíta) Otoniel lucha con éxito contra Edom (y no «Aram», como por confusión de letras escribe el texto hebreo actual). El benjaminita Ehud combate a los moabitas en el valle del Jordán, hasta donde estos habían llegado en sus incursiones «imperialistas». Probablemente, la escena bíblica se desarrolla en Jericó, a la que debe referirse el apelativo de «Ciudad de las Palmeras» (Jue 3,13). Débora, en la montaña de Efraím, anima a Baraq para reunir a Neftalí y Zabulón contra Sísara (pretendido general del rey de Hasor y, en realidad, posiblemente, un caudillo de los «pueblos del mar»), a quien derrotan junto al río Quishón en las proximidades de Megiddó. El manaseíta Gedeón derrota a las hordas madianitas (nómadas del desierto) que, procedentes de más allá de Transjordania, asolaban el país. La batalla se dio en Nahal Harod, es decir, bajando desde Yizreel al Jordán. La persecución de los vencidos continuó por este último valle y, como intentaran remontar el del Yabboq pasando por Sukkot y Penuel, hasta allí fueron seguidos y capturados por las tropas reclutadas de Manasés, Zabulón y Aser.

Jefté, en cambio, era un gadita, que vivía en el «antiguo» Galaad, al sur del Yabboq, el cual tenía que enfrentarse con la expansión de los ammonitas, aunque él estaba refugiado en Tob, posiblemente una comarca en la montaña de Galaad, ya al norte de aquel río. La victoria tuvo lugar en Aroer y Abel Keramim. La primera no es la atalaya que, llevando el mismo nombre, domina el Arnón y que algún tiempo después sería ciudad fuerte de Moab, sino otra fortaleza en las proximidades de Ammán (acaso Khirbet el-Beder), lo mismo que Abel (tal vez Kom Yadjaz). La ciudad de Mispá de Galaad, donde fue enterrado Jefté, sería Khirbet Djel'ad, al sur del Yabboq.